

y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los días á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. D. Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero; y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin el que necesita, es preciso que..... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo. ¡Qué silbar!.... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

D. HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaría á imponer taciturnidad y admiración á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia

heróica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafio á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una función de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado; figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

D. SERAPIO.

¡Toma si gustará!

D. HERMÓGENES.

Aturdirá.

D. SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias así debían representarse en la plaza de los toros.

ESCENA II.

D. ELEUTERIO. DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA.

D. SERAPIO D. HERMÓGENES.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien: ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

D. ELEUTERIO.

Hasta ahora.....

DOÑA AGUSTINA.

Deja: me parece que voy á acertar: habrá vendido..... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

D. ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

D. SERAPIO.

Ah, y cuide usted (*Levántase.*) que les pongan buen engrudo, porque si no.....

D. ELEUTERIO.

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El diario y la gaceta la han anunciado ya: ¿es verdad?

D. HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos..... Quinientos egemplares.

D. SERAPIO.

¡Qué friolera! Y mas de ochocientos tambien.

DOÑA AGUSTINA.

¿He acertado?

D. SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

D. ELEUTERIO.

No señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres egemplares; y esto me da malísima espina.

D. SERAPIO.

¿Tres no mas? Harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mia que es bien poco.

D. HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y asi, si los tres egemplares vendidos constituyen una cantidad tercia, con relacion á

nueve, y bajo este respecto los dichos tres egemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres egemplares relativamente á uno, componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho, por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo: que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

D. SERAPIO.

¡Qué! ¡si en poniéndose á hablar este hombre!

DOÑA MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas.... Pero, al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán mas que tres?

D. ELEUTERIO.

Es verdad, y en suma todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales: cuando esperábamos mon-

tes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobrecita de mí!

D. HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

DOÑA MARIQUITA.

¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendría mi hermano necesidad de escribir disparates.

### ESCENA III.

D. ANTONIO. D. ELEUTERIO. D. HERMÓGENES.

DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA.

D. ANTONIO.

A la orden de ustedes, señores.

D. ELEUTERIO.

¿Pues cómo tan presto? ¿No dijo usted que iría á ver la comedia?

D. ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda Don Pedro.

D. ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

D. ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipi por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dije.

D. ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

D. ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, puede usted venir con toda satisfacción, caballero.

D. ANTONIO.

Señora, doy á usted mil gracias por su aten-

cion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla, con que....

D. SERAPIO.

¿La tonadilla? (*Se levantan todos.*)

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué dice usted?

D. ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

¿Pues cómo han empezado tan presto?

D. ANTONIO.

No, señora, han empezado á la hora regular.

DOÑA AGUSTINA.

No puede ser, si ahora serán.....

D. HERMÓGENES.

Yo lo diré (*Saca el reloj.*): las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

¡Hombre! ¿qué tres y media? su reloj de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA.

A ver..... (Toma el reloj de Don Hermógenes, le aplica al oído, y se le vuelve.) Si está parado.

D. HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral.....

DOÑA MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

D. ELEUTERIO.

¡Cuidado que es cosa particular! Voto va sanes. La casualidad de.....

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto. ¿Y mi abanico?

D. SERAPIO.

Aqui está.

D. ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este Don Hermógenes.....

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

D. ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

D. SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

D. ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco, estarnos así fiados en.....

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de Don Hermógenes.

## ESCENA IV.

DON ANTONIO. PIPÍ.

D. ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?

PIPI.

Sí señor.

D. ANTONIO.

¡Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del relox de Don Hermógenes.

PIPI.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

D. ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

## ESCENA V.

DON PEDRO. DON ANTONIO. PIPÍ.

D. ANTONIO.

¡Calle! ¡Ya está usted por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

D. PEDRO.

Hombre, no me hable usted de comedia (Se

sienta.), que no he tenido rato peor muchos meses ha.

D. ANTONIO.

¿Pues qué ha sido ello? (Sentándose junto á Don Pedro.)

D. PEDRO.

¿Qué ha de ser? Que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

D. ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

D. PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen.... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamas á ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario me llenan de, de.... No señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Estan desarregladas; tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero

entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador, en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen mas Calderon, Solís, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

D. ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor Don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedion?

D. PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mureta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamas se oyeron.

D. ANTONIO.

¿Qué dice usted?

D. PEDRO.

Es increíble. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia, ni de costumbres: no hay objeto moral, no hay language, ni estilo, ni versificacion, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala, y peor, que las otras con que nos regalan todos los dias.

D. ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error, y el almacén de las extravagancias.

D. PEDRO.

¡Pero no es fatalidad que despues de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices! ¿Qué pensarán de nuestra

\*

cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

D. ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo Don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? reír ó rabiár: no hay otra alternativa.... Pues yo mas quiero reír que impacientarme.

D. PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor Don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios: el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional: el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

D. ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que.... Pero ¿qué novedad es esta?

ESCENA VI.

DON SERAPIO. DON HERMÓGENES. DON PEDRO.  
DON ANTONIO. PIPÍ.

D. SERAPIO.

Pipí, muchacho. Corriendo, por Dios, un poco de agua.

D. ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?

*(Se levantan Don Antonio y Don Pedro.)*

D. SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPÍ.

Voy, voy allá.

D. SERAPIO.

Despáchate.

PIPÍ.

¿Por vida del hombre! *(Pipí va detrás de Don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él, y deja caer el vaso y el plato.)*

¿Por qué no mira usted?

D. HERMÓGENES.

¿No hay alguno de ustedes que tenga por